

cial del pensamiento al carecer de otras formas de comunicación inmediata. Lo que en Galdós, o la condesa de Pardo Bazán o Gustavo Adolfo Bécquer —pongamos por caso sus *Cartas desde mi celda*— son posiciones de estilo, en Miguel Hernández son gritos de socorro, clamor que se produce en un área de valor testimonial que sirve sin duda para reconstruir una etapa histórica del poeta con un mínimo margen de error si se desestiman algunas alegaciones menos sinceras que advertimos en ciertos mensajes y se sustituye su estado de carencia por el valor que ciertamente atesora la emoción de aquello que se anhela aunque no se consiga. Hay un valor testimonial sin género de duda que el autor de la edición de este libro, Agustín Sánchez Vidal, pone de manifiesto en las notas o apostillas que hace figurar al final del *Epistolario* en riguroso orden cronológico. El autor de la edición desconfía también de la estimación literaria de las cartas de Miguel cuando dice: «En ese calor humano reside el interés de este *Epistolario*, mosaico cuyas piezas no constituyen un modelo de gran literatura, ni siquiera de esas ingeniosas observaciones y donaires con que los escritores componen su perfil para la posteridad. Es la necesidad lo que las mueve, más que la inspiración. Primero la de sobrevivir como poeta, luego, ya al final, la necesidad de sobrevivir al tifus, al chantaje y a la cárcel».

El adolescente Miguel, es decir, el hombre inmaduro que todavía no ha roto el fuego de la consagración, se cree seguro de haber hallado su voz en su etapa retoricista en la que todavía no ha conseguido los signos de su verdadera identidad. Por eso la contestación de Federico García Lorca es aplastante. Le habla el Federico de sus primeros poemas que ya tenía un proyecto de aventura casi galáctico.

No parece haber duda de que este *Epistolario* es un cañamazo sólido sobre el que pueden reconstruirse documentalmente las vicisitudes del malogrado poeta Miguel Hernández.

En las notas finales en que se comenta el *Epistolario*, Agustín Sánchez Vidal se manifiesta de manera muy estricta resumiendo los hechos con una gran objetividad, pero precisamente porque reconocemos su rigor crítico, echamos de menos al citar las cartas dirigidas por Miguel Hernández a José María de Cossío, el que no aluda, en absoluto —tanto por lo que se refiere a las anteriores a la Guerra Civil como a las posteriores— a que ya habían sido publicadas, al menos en grandes fragmentos, con sustanciosos comentarios por el poeta Leopoldo de Luis y el profesor Jorge Urrutia en su edición de *El hombre acecha* (Ediciones de la Casona de Tudanca, Santander, 1981). Tampoco cita otros trabajos de estos críticos sobre el autor de *El rayo que no cesa*.

No nos parece lógico tampoco publicar las cartas de Miguel Hernández a José María de Cossío sin esbozar unas ideas que trasmitan al lector la importancia de la ayuda decisiva y de la amistad desinteresada que este escritor propició al gran poeta de Orihuela. Existe una reserva última de Miguel Hernández a este respecto que no está definida ni contrastada con el comentario que exigiría una cuestión de tanto alcance.

Por lo demás la edición de este *epistolario* es una aportación documental a la biografía de Miguel Hernández digna de la mayor estimación.

**José Gerardo Manrique de Lara**

# La poesía actual de Horacio Salas\*

Hace ya mucho tiempo que, no poco lúcidamente, Bertrand Russell afirmó que «el lenguaje nos arrastra hacia la generalidad». Por eso, quizás, también nosotros —los escritores argentinos— solemos todavía utilizar números de décadas con la pretensión de designar momentos significativos en la evolución de nuestra poesía contemporánea. Hay así una «generación del cuarenta» donde conviven a la vez elementos neoclásicos y neorrománticos, una «generación del cincuenta» que se propone —y se impone— como vanguardista, y una «generación del sesenta» interesada en acercarse a las mayorías en dicción y temas. Claro que, precisamente la vaguedad de esa denominación apenas cronológica, sirve también de coartada para cubrir síntomas mucho más conflictivos, y por lo tanto mucho más ricos. El aire de la época no afecta a todos por igual, bendito sea, y no es suficiente haber nacido o publicado más o menos en las mismas fechas para sentir o expresarse en forma similar. Pero también es verdad que hay líneas que se tienden, problemas que se plantean, cuestiones que se dirimen, más abierta y francamente en una época que en otra. Y que en algunas ocasiones especiales llegan a impregnarla casi por entero. Lo cual no niega tampoco que el asunto muchas veces ya venga también de antes, y lógicamente se continúe después.

De todos modos, y a mero título de inventario, cabe hacer notar —al referirse a la obra de Horacio Salas— que su trayectoria bien podría ser considerada un legítimo paradigma de los valores del «sesenta». Y ello no sólo porque haya nacido en Buenos Aires en 1938 y su primer volumen fuera publicado en 1962. Sino, y muy precisamente, porque desde un primer momento las intenciones explícitas de esa obra estuvieron claramente implícitas en la forma y en la dirección que iba tomando, no sólo su escritura sino también el propio destino del autor. Hombre contenido y discreto, medido y entrañable, afable y pudoroso, si bien por un lado su poesía se ha manifestado ya desde un comienzo como cuasi coloquial y directamente enunciativa, más bien tendida hacia la búsqueda de un concreto destinatario que a las cumbres de la metáfora o la imagen, con todos los riesgos peculiares que ello implica, ha ido generando por propia necesidad, por propia deriva de su ser más auténtico, una evolución de esa escritura suya que resulta sumamente significativa. Evolución que, sin abandonar los caros y fraternales presupuestos iniciales (teñidos siempre de referencias muy concretas), ha sabido ir cargando a su palabra de más hondos contenidos, de adherencias diría, señales que ya no se ponen apenas como signos de reconocimiento sino que van ligadas al cuerpo mismo de lo escrito, orgánicamente, históricamente, y que al mismo tiempo han conse-

\* *Cuestiones personales, de Horacio Salas. Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1985.*

guido aumentar el voltaje y la densidad de su expresión («y poco a poco volverá el fuego a su memoria»).

De modo tal que, sin desdeñar aquella intención enunciativa y hasta descriptiva, puede ahora alterar no sólo los años y los sitios como los alteran por ejemplo los sueños o el recuerdo, sino también hacer de muchas frases o hasta de algún poema entero una perfecta metáfora. Metáfora que a la vez nos hace guiños con referencias concretamente cotidianas y con un cable tendido hacia el misterio, como «ese jaguar oscuro que se cruza en la estación Bulnes», y que bien podríamos reconocer —y en él reconocernos— como el animal heráldico o totémico de la voz actual de Horacio Salas.

Recatada ironía y finísimo humor, un pudor infinito (tan masculino, tan porteño) y sin embargo erizado de fantasías insaciables (también tan masculinas y porteñas) como el de ese amor convertido «en una brochette clavada cerquita de la hoguera» y consumido luego «a pedacitos», éste más que logrado libro de Horacio Salas representa la consumación de una palabra que es a la vez tan suya como nuestra. Que el agua salobre y el pan amargo del exilio hayan servido quizás, también, para concedernos esta gracia, no quita que deseemos conservar para siempre entre nosotros a este Horacio Salas redescubierto como alguien que nos reconcilia con la dignidad intelectual y estética de la poesía argentina, y nos compromete a luchar para que nunca más los poetas se tengan que volver a ir. Así sea.

**Rodolfo Alonso**

## Las voces y las sombras\*

Los años setenta preludiaban un esperado cambio. Todo objeto de represión tiende a exagerar su cuerpo, una vez entrado ya en el terreno de las libertades. Se podría visualizar con la imagen de una esponja que pasa de un estado de presión a otro de distensión, absorbiendo lo que encuentra a su paso durante el proceso. Desde luego que no sería tan sencillo, y siempre quedan matices: poros que no se abren, poros atrofiados que se acostumbraron a la presión y desisten de transformar su estado, o aquellos otros que, a hurtadillas, habían conseguido ya su cuerpo pleno.

\* *Satué, F.J., Las sombras rojas. Ediciones Libertarias, Madrid, 1986; 254 pp.*

Si trasladamos la imagen a la literatura de esos años, tal vez la lectura más habitual sea que ante el cansancio del realismo prolongado de la «prolongada» postguerra, la huída aventa hacia el otro extremo y los narradores, con algunas sanas excepciones, iban a desembocar en la pirueta estructuralista, el texto experimental y la búsqueda de una originalidad en el relato, hurgando en la «casa del lenguaje» en pos de nuevas fórmulas expresivas.

En poesía iba a suceder algo parecido: una fuerte reacción contra la llamada «poesía social». Por un momento y en un falso resplandor o espejismo, la preocupación estética parecía querer trascender a la ética. El anterior exceso realista se intenta equilibrar ahora con un exceso formal.

Es la época de la proliferación de traducciones, de la necesidad de asimilar rápidamente la literatura que llega del exterior, el crecimiento de las editoriales, el regreso de los intelectuales exiliados... que sin duda iba a enriquecer nuestra cultura.

En algunos autores de esa década parecía pesar una ansiedad por recuperar el tiempo perdido, intentaban fundar una nueva vanguardia en la parafernalia formal, pero, como era de esperar, las incursiones literarias más extremas en este sentido, pronto se iban a derrumbar por su frágil condición de cartón-piedra. Aún los más arriesgados, los demiurgos que pretendían amasar con sus manos otra realidad, no podían esquivar el «todos los mundos el mundo» o el «hay otros mundos, pero están en éste».

Los jóvenes narradores de los ochenta se encuentran en una situación privilegiada, en cuanto que no sienten la necesidad de dar portazo a lo inmediatamente anterior, y con la capacidad, además, para recuperar eslabones de la tradición y fundar su propia cadena. Padres y abuelos pueden reconciliarse en su obra, porque no se elige decididamente a unos en detrimento de los otros. Y oscilando entre los dos extremos, optan por escribir en libertad (obviedad: los escritores que lo han sido de verdad, siempre ejercieron el sano vicio de la libertad —pero, como escribía Valéry, las evidencias a veces, necesitan ser dichas—).

Es demasiado pronto para valorar el alcance de la nueva narrativa, aunque se respire cierta prisa por clasificar a cada nuevo autor. Pero algo nos hace suponer, y ojalá sea así, un fin de siglo «movido», o por decirlo con un término más moderado: interesante.

Entre estos jóvenes que escriben a pesar de todo y por todo, sin pudor, sin otra línea que la propia elegida, se encuentra Francisco J. Satué. Nacido en 1961, Satué es, en el pleno sentido de la palabra, un «vividor» de la literatura, y no precisamente porque viva de ella, sino porque vive por y para ella, que goza y sufre mientras desvela la palabra o desprende de ella la magia y la incertidumbre necesarias para sentirse vivo. Desde muy joven colabora en la prensa nacional y latinoamericana como crítico y ensayista. Publicó su primera novela, *El círculo infinito*, en 1983. En ella se recortan ya algunos de los perfiles que van a poblar su segunda entrega, recientemente publicada, *Las sombras rojas*. Entre ambas existen numerosos lazos de unión, y ambas le distinguen de algunos autores de su generación, porque en sus textos, al lado del cada vez más cuidado aspecto formal, sigue pesando el ingrediente social, como un condicionamiento decisivo sobre la individualidad del personaje eje. La jerarquía social, el sistema burgués, la vida en los suburbios, ... se hacen presentes, aunque con más intensidad en la primera de sus obras. Las dos articulan su trama entre la vivencia individual y la plas-